

HISTORIA POR AUTOPSIA

Jaime Santos

Neal Ascherson, *El Mar Negro. Cuna de la civilización y de la barbarie*, Barcelona, Tusquets, 2001.

¿Puede un mar ser sujeto de la historia? ¿Cómo se convierte ese mar —que además se dice está muerto—, en la frontera entre bárbaros y civilizados? ¿En dónde quedan los límites entre geografía, literatura e historia cuando se aborda la convivencia entre diferentes culturas? ¿Por qué de un día para otro esa convivencia se puede convertir en el más violento etnocentrismo? Neal Ascherson en este libro, plantea y responde estas y otras cuestiones de una manera genial, y lo hace con una impresionante erudición que no solamente no inhibe al lector, sino al contrario, provoca el imprescindible suspenso y la curiosidad del “qué va a pasar” de toda narración que merezca ese nombre.

La historia como disciplina adolece tanto del fetichismo del historiador ante el documento, como del olvido de las múltiples miradas con las que puede ser leída. Los relatos navegan lo mismo bajo la luz orientadora de Michelet cuando concibió la vida social como obra de los hombres, que se despeñan en los abismos del universalismo con que el marxismo redujo la pluralidad de las civilizaciones a unas cuantas formaciones económicas. No es el caso de este libro. Con una técnica narrativa emparentada con la de Burckardt, en la que no se na-

rra propiamente una historia ni se respeta un orden cronológico, y con una perspectiva que es más un ejercicio de simpatía y crítica, y no la contabilidad del resentimiento y la culpabilidad tan en boga, el historiador británico Ascherson (quien reúne la condición de historiador, arqueólogo, corresponsal y periodista) recorre el Mar Negro y escribe un diario de viaje por sitios fundamentales para entender la historia: la historia y la cultura del encuentro entre Oriente y Occidente. Pero también para que el pasado sirva como reflexión del presente.

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

Cuando los griegos acuñaron la palabra “autopsia” (*opsomai*: yo veo; *autos*: mismo), entendían la acción de ver con los propios ojos. Para los autopsistas de la edad media, los viajes y los descubrimientos revelaban datos y hechos desconocidos hasta entonces, de ahí que entraran en contradicción con la autoridad, con la versión del mundo natural y de la geografía consagrada para la eternidad en el corpus de la literatura grecorromana. Para convencer a los demás de que imaginaran algo insólito había sin embargo que contar historias, y contarlas en primera persona: yo vi, yo he oído, lo comprobé en persona.

Neal Ascherson recorre por sí mismo y por diversos medios el Mar Negro, un mar en cuyas costas nacieron los hermanos siameses llamados civilización y barbarie. Gemelos nacidos en la imaginación griega y que terminó constituyendo esa dinastía in-

telectual cuyo poder invisible reina sobre Occidente. Roma y Bizancio, el Sacro Imperio Romano, España, Francia, Gran Bretaña, los Habsburgo, y el Tercer Reich, todos ellos hicieron sus guerras imperiales en defensa del “orden civilizado” frente al “primitivismo bárbaro”.

La dicotomía nació a pesar del contacto de cientos de años que griegos y bárbaros tuvieron en la costa septentrional del Mar Negro; debió pasar mucho tiempo antes de que “diferente” significara “inferior” y para que los griegos descubrieran en los habitantes de las estepas un espejo que les mostraba su propia “superioridad”. A los dramaturgos atenienses se les encargó la tarea de definir la identidad griega de la forma más gráfica posible, presentada en los opuestos míticos: sedentarios y nómadas.

Ascherson es un narrador magistral, su pluma atrapa al lector en un mundo de maravillas que transitan por la ciencia y por la poesía. Uno de los capítulos mejor logrados parte del hallazgo arqueológico de un anillo en una antigua ciudad griega a las orillas del Danubio, y lo engarza con la historia del dueño del anillo, Esciles, perfilando una historia paradigmática del encuentro de culturas que se dio en Olbia, punto de contacto con los escitas. La minuciosa descripción física de los lugares se adentra en las narraciones de Herodoto y nos descubre —entre otras cosas— que no andaba tan errado al hablar de las amazonas. Luego la narración fluye hacia el mundo de las iniciaciones dionisiacas, lo mismo que sobre las virtudes del nomadismo y su inser-

ción en el medio geográfico, convirtiéndolo en otro “personaje” de su narración. La estepa más allá del Mar Negro es un paisaje que para la mentalidad progresista podría ser feo y agobiante, pero para otros como Chejov, era un paisaje para extraviarse entre sus plantas verdiazules y secas como el tomillo, la ruda y el ajeno. Aquí aborda la biografía del cuentista ruso y hace incluso un poco de crítica literaria.

De esa manera, con referencias a la poesía y a la mitología, Ascherson señala que la palabra *bárbaro* fue una onomatopeya griega para referirse a los idiomas extranjeros, su aparente balbucear. Sin embargo, los griegos de la época de la *Ilíada* no agrupaban a todos los extranjeros bajo la denominación de *bárbaros*, ni la usaban tampoco para calificar una alteridad ajena a ellos. El británico rastrea en Esquilo y la victoria griega sobre los persas, así como en la *Medea* de Eurípides, la conformación de ese discurso de la barbarie.

Olbia quedó abandonada más de mil años, hasta que muy cerca de ella se fundó otra ciudad portuaria: la fortaleza turca de Hadji Bey, que a su vez fue conquistada en 1792 por la armada de Catalina de Rusia, lo que sentó el comienzo de Odessa. Su escalinata, hecha famosa por Einsestein con *El Acorazado del Potiomkin*, es recorrida por el historiador para reflexionar sobre la decadencia del puerto y las macabras purgas stalinianas, que se cebaron en los arqueólogos por haber cometido el delito de cuestionar tímidamente con sus excavaciones el paneslavismo, simple necesidad de jus-

tificar el desprecio hacia los nómadas y probar la superioridad, lo mismo del pueblo eslavo que la ideología de una clase. Otro rostro del viejo dilema entre bárbaros y civilizados.

EN LA MESA DE JUNTO

Griegos y turcos, eslavos e iraníes, caucásicos y kartvelianos, judíos y armenios, bálticos y germanos. Un verdadero desfile de etnias, culturas y nacionalidades que viven y mueren en el Mar Negro. En la línea del tiempo se siguen y sobreponen las historias de escitas, jázaros, judíos, cosacos, griegos póntricos, polacos y sármatas, una comunidad multirracial que es un rico caldo de cultivo, como en Bosnia; como lo fue también en Odessa, hasta el triunfo de la revolución bolchevique.

Vivir juntos no significa madurar juntos. Los grupos étnicos pueden coexistir durante siglos, practicar la política del buen vecino, sentarse en la misma banca escolar y servir en el mismo regimiento imperial o bajo la misma bandera, sin perder por ello la desconfianza mutua. Lo que aglutina a esas sociedades no es el consenso sino la necesidad: el miedo a las fuerzas exteriores. En consecuencia, cuando el motivo del miedo desaparece por la caída de imperios o tiranías, la contención también desaparece. Los políticos incitan a la gente a tomar partido, a competir con el adversario, y empujan a las comunidades al tobogán de las divisiones étnicas. Recelos antiguos, confinados hasta entonces a las leyendas o a las

canciones tradicionales, se tornan en política paranoica, en la etnicidad como fuente del odio. Fue el cerrojazo del siglo XX y la amenaza del siglo que comienza.

Y en ese mundo de divisiones existe algo insólito en el mundo actual: un pueblo en una etapa prenacionalista: los lazes. A pesar de contar con un idioma y una cultura propia, se contentan con afirmar que *son*, en vez de dejarse tentar por el problema de *quiénes son*. No sienten la necesidad de descubrir raíces ni de exteriorizar su identidad colectiva investigando o inventando su historia. No les preocupaba la desaparición de su idioma ni veían en ello un atentado a su identidad, hasta hace poco, cuando les apareció un redentor.

El investigador alemán Wolfgang Feurstein, desde su casa en medio de la Selva Negra, se dedicó a la tarea de inventar un pueblo. En los años setenta comenzó a recorrer la tierra de los lazes, aprendió a hablar el idioma laz y encontró una compleja cultura oral, música y canciones, cuentos populares y una lengua que fascinaba a los lingüistas. Además encontró que esa comunidad sólo escribía en turco, que no sabía nada de sus orígenes y que no existía el recuerdo de que habían sido cristianos hasta el siglo XV, cuando la conquista turca del Ponto. Feurstein, imbuido de buenos sentimientos, concluyó que los cambios que llegaban a esa sociedad la desaparecerían, y decidió hacer algo y salvarla.

Lo que asombra de Wolfgang Feurstein es lo que hace por los lazes parece salido directamente de la historia europea. Repi-

te paso a paso el proceso de crear pueblos modernos con culturas populares bosquejado por Johan Herder hacia 1770 y que daría forma al programa político de casi todas las revoluciones producidas desde entonces en Europa Central y Oriental. Divulgadas y vulgarizadas, las ideas de Herder alimentaron el pensamiento radical de la Europa posterior a la revolución francesa, sirvieron para el programa político del nacionalismo, lo mismo a Palacki y su reinención de la historia checa, que a Karadzic y el idioma serbocroata. La necesidad patriótica de descubrir epopeyas homéricas perdidas es más fuerte que la honradez, de ahí que la idea de etnia sea todavía un peligroso campo de minas, cincuenta años después de derrotado el nacionalsocialismo. 

RECONQUISTAS DE UN LECTOR

Rafael Rojas

Gonzalo Celorio, *Ensayo de contraconquista*, México, Tusquets, 2001, 302 pp.

Cada día son más los poetas y novelistas que se inhiben de ejercer la crítica. Pareciera que dos instituciones se han confabulado en la tarea de arrinconar las valoraciones literarias en el ámbito sombrío de los conceptos o en la superficie banal de las imágenes. Esas dos instituciones son la Academia y el Mercado. La primera consigue disolver las irradiaciones del arte en el magma de la teoría. El segundo asegura que el

texto literario aprenda, desde que nace, a regatear su precio en la ciudad.

Cuando la crítica moderna surgió, en páginas de Hazlitt y Sainte Beuve, de Baudelaire y Wilde, era una certeza, y hasta un lujo, asumirla como un género más del arte literario. El verdadero escritor era, entonces, como quería Borges, una criatura lectora antes que un ser escribiente, un “hombre de libros” que tomaba la pluma sólo para dejar testimonio de sus lecturas, para agradecer sus alimentos espirituales. Hoy aquellos roles complementarios del letrado moderno se han escindido dramáticamente: los escritores exitosos no leen y los lectores finos no escriben. En México, por suerte, hay excepciones: Sergio Pitol entre los novelistas; José Emilio Pacheco entre los poetas.

Gonzalo Celorio pertenece a la noble estirpe de los artistas lectores. Narrador probado, en novelas como *Amor propio* o *Y retiemble en sus centros la tierra*, Celorio nunca ha dejado de visitar la crítica. Y lo ha hecho, siempre, recurriendo a la escritura que mejor atempera la firmeza de todo juicio: el ensayo. Desde Montaigne, sabemos que este tipo de prosa se distingue por entrelazar la valoración con el testimonio, el entendimiento con la evocación. El buen ensayo, como pensaban Reyes y Paz, es aquel en que la inteligencia se plasma permeable a los tropismos del yo, a la historia sentimental de alguna lectura.

Los ensayos reunidos en este libro de Gonzalo Celorio deberían ser considerados como piezas emblemáticas del género. Cuando Celorio diserta sobre la variada ins-

cripción del barroco en Carpentier y Lezama; cuando percibe el despilfarro verbal de Sarduy y Arenas; cuando describe los usos de la *paronomasia* en Cabrera Infante o la presencia de ciertos dispositivos surrealistas en Villaurrutia; en fin, cuando constata la organizada irreverencia de Cortázar o el provincianismo desestabilizador de López Velarde, nos entrega, también, fragmentos de su autobiografía intelectual, episodios de una vida entre libros, pautas de una memoria poética que repasa sus lecturas entrañables.

La convivencia entre juicio y recuerdo, entre opinión y memoria, es recurrente en *Ensayo de contraconquista*. El texto sobre *Informe contra mí mismo* de Eliseo Alberto, por ejemplo, hilvana el análisis a través de una larga y evocadora divagación sobre las tías habaneras del autor. Personajes que parecen salidos del cuento *Estatuas sepultadas* de Antonio Benítez Rojo o de la novela *Tuyo es el reino* de Abilio Estévez. Dos mujeres enclaustradas en un caserón del Vedado tras el triunfo de la revolución cubana, y reducidas a la administración de sus únicos bienes: sus recuerdos.

Los textos sobre Carpentier, Fuentes, Villaurrutia, Reyes, López Velarde y O'Gorman también incorporan, entre juicio e interpretación, entre analogía y hermenéutica, algún pasaje reminiscente que descubre el legado sentimental del autor. Pero es en el artículo dedicado a Julio Cortázar en el que esta hibridez de la prosa ensayística se manifiesta a plenitud. En este notable ensayo —el mejor que he leído en los últimos

años sobre el gran escritor argentino— Celorio intercala agudas reflexiones en torno de los límites de la ficción narrativa en páginas enternecedoras sobre la importancia de *Rayuela* en la iniciación erótica y literaria de su generación, esto es, la generación de quienes empezaron a moldear intelectualmente sus vidas frente al espectáculo del 68.

El título de este libro proviene de uno de sus ensayos más elaborados: “El barroco en el Nuevo Mundo, arte de contraconquista”. Ahí Celorio retoma la idea lezamiense de que así como el barroco en el Siglo de Oro español fue infiltrado por las poéticas de la Contrarreforma, en América adopta un tono liberador, que lo impulsa como cultura de la contraconquista. El tema, tan caro al Lezama de *La expresión americana*, del efecto sorprendente que provoca la desordenada alimentación espiritual en América, podría atribuirse, como *leitmotiv*, a todo el libro de Gonzalo Celorio. Estos ensayos son, en buena medida, las rebeliones de un lector que, alguna vez, vivió recluido en la Academia, y ahora se reconquista para la literatura.

Aunque abundan los homenajes a maestros y amigos, este *Ensayo de contraconquista* no es reverencial ni adocenado. Celorio confiesa su debilidad por Carpentier, con quien alguna vez discurrió, en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sobre la cantidad de lámparas que hay en el Altar de la Confesión en San Pedro. Su adhesión crítica al principio de lo “real maravilloso”, en tanto réplica americana al surrealismo y proyección de un ima-

ginario sembrado en la naturaleza y la historia, se percibe en un texto breve y enjundioso como “Aproximaciones a la literatura fantástica”, que fuera motivado por la lectura de *Los juegos fantásticos* de Flora Botom Burlá. Sin embargo, Celorio reconoce que, a pesar de sus baños de pureza americana, Carpentier “sólo pudo ver a través de los anteojos de la cultura europea. Su referente era, fundamentalmente, la cultura europea, y América, por tanto, una parodia de Europa”. Estas palabras todavía sonarán sacrílegas a tanto carpenteriano ortodoxo que persiste en afirmar una supuesta esencia “maravillosa”, “mágica” o “sobrenatural” en la realidad latinoamericana.

En otro momento, Celorio se atreve a polemizar, nada más y nada menos, que con Octavio Paz. Al autor le parece inadecuada la afirmación frecuente de Paz acerca de la ausencia de tradición ilustrada y crítica en América Latina. Pero para enfrentarse al argumento no improvisa con soberbia, como los bachilleres de Cervantes, sino que recurre a otra autoridad, Edmundo O’Gorman, quien, en *La invención de América*, sostenía que el proceso de la civilización latinoamericana entablaba un diálogo de lámparas y espejos con Europa, y no era reductible a

una mera sombra incompleta del Viejo Mundo. En la escenificación de un debate entre Paz y O’Gorman, Gonzalo Celorio muestra su habilidad para el contrapunto, otra técnica barroca. A lo largo del libro se sucederán varias vidas paralelas, varios careos imaginarios, como los de Reyes y Borges, Villaurrutia y Pellicer, Fuentes y Cortázar.

Hemos dicho que los homenajes son reiterados en este *Ensayo de contraconquista*. Por si fuera poco, el último capítulo, titulado generosamente “El Alumno”, recoge textos ocasionales que conformarían eso que Lezama llamó una “glorieta de la amistad”. Hay, sin embargo, un homenaje implícito, escriturario, que le otorga a esta prosa una candidez y una generosidad distintivas. Me refiero al homenaje al arte literario del ensayo. En su hermosa “Periferia de Alfonso Reyes”, Celorio cuenta la historia de un joven poeta que un día se descubre adulto, siente que ha rebasado la “línea de la sombra”, de la que hablaba Joseph Conrad, y se pregunta cuál fue el milagro, a qué se debió aquella inusitada maduración. Entonces el joven poeta, que fue Gonzalo Celorio, descubre que la causa de su crecimiento ha sido la lectura de *El Deslinde* de Alfonso Reyes. 